

Después de Hume no hay otra opción para el público ilustrado, sino dar marcha atrás: renunciar a razonar la religión. Porque lo que había por delante era el ateísmo y, como consecuencia inescapable, el fantasma de la anarquía. Es Kant, con su sensibilidad pietista, quien propone el camino. Lo había hecho ya con la ética, separando limpiamente la intención de las consecuencias, en la fórmula más radical imaginable de la moral del exilio. Algo parecido hace con el significado del sufrimiento y la providencia divina. Es cierto, dice en 1791, que han fracasado todos los intentos de hacer una teodicea racional; pero estaban destinados al fracaso desde un principio, porque pretendían razonar sobre lo que la razón no alcanza:

Por teodicea se entiende la defensa de la sabiduría suprema del autor del mundo, de la acusación que la razón eleva contra ella por lo que en el mundo es contraproducente. A esto se llama sostener la causa de Dios; aunque en el fondo no sea sino la causa de nuestra arrogante razón, desconocedora en esto de sus límites, causa que no es, desde luego, la mejor...<sup>33</sup>.

El texto sigue con la minuciosa destrucción lógica de la teodicea, para concluir que, en lo que respecta al propósito final de Dios, el mundo es para nosotros siempre un libro cerrado. Pero ya habrá ocasión de hablar del camino kantiano hacia la religión del corazón<sup>34</sup>. De momento, hace falta echar un último vistazo a las ruinas que dejó el terremoto de Lisboa.

La crisis de la justificación religiosa del sufrimiento señala una inflexión en el proceso de secularización. Porque no se renuncia a la estructura formal de la idea mesiánica: el dolor tiene que ser justo. Pero ya no sirve el más allá para salvar las apariencias, de modo que se hace necesario imaginar otro sistema de compensaciones, que permita castigar a los malos y reparar el sufrimiento de los justos, y hace falta, en todo caso, empeñarse en la tarea de eliminar el sufrimiento. Esa necesidad está detrás de casi todos los ensayos políticos de los siglos siguientes.

<sup>33</sup> Immanuel Kant, «Sobre el fracaso de todos los ensayos filosóficos de la teodicea», en Kant, *En defensa de la Ilustración*, Trad. J. Alcoriza y A. Lastra. Barcelona: Alba Editorial, 1999, p. 219.

<sup>34</sup> Si conviene anotar que la religión de que hablaba Kant era, con todo, una religión razonable, aunque algunos aspectos fuesen impenetrables para la Razón. «Diferentes religiones, ¡extraña expresión! Como si se hablase de diferentes morales. Puede haber, históricamente, diferentes tipos de creencia, pero no en la religión, sino en la historia de los medios usados para su fomento, sujetos al campo de la erudición; y de igual modo, diferentes libros religiosos (*Zendavesta*, *Veda*, *Corán*, etc.), pero sólo puede existir una sola religión válida para todos los hombres y todos los tiempos. Las creencias no pueden contener sino el vehículo de la religión, que es accidental y puede variar según los tiempos y lugares». Kant en *La paz perpetua*, op. cit., p. 335.

Porque el poema de Voltaire acaso conmovió a un puñado de lectores, y Hume convencería a pocos más. Pero el nuevo ánimo, la renovada ansiedad por la injusticia del sufrimiento, llegaría muy pronto a los «hombres vulgares» de que hablaba Hume, a la «canalla» de Voltaire. Mediante la prensa y las escuelas, las sectas protestantes heterodoxas, de los cristianos sin iglesia, mediante los agitadores profesionales y, sobre todo, mediante la fuerza de las cosas en el orden ya sólido del capitalismo triunfante.

De nuevo, a fines del siglo dieciocho, se plantea el problema del significado moral del sufrimiento, la necesidad de referirlo a una totalidad superior, capaz de justificarlo; también, porque forman parte de ello, resurgen la pregunta por las causas del dolor y la búsqueda de algún medio de reparación<sup>35</sup>. Es decir: se trata de reproducir el esquema de una explicación mesiánica sin el más allá y sin el pecado original. Las agonías intelectuales y sentimentales de Rousseau respecto al Hombre, la Naturaleza y la Sociedad, inauguran las nuevas maneras de elaborar el sufrimiento; que cabría reducir a un programa: cambiar al hombre, cambiar la naturaleza, cambiar la sociedad.

<sup>35</sup> *Hubo también digámoslo de paso, hombres de letras que no se ocuparon gran cosa por el tema. Pocos. En general, ese desinterés era –y es– un signo inequívoco de un temperamento conservador, más frecuente entre políticos y empresarios que entre los escritores. Un ejemplo: Samuel Johnson. «Se distingue, por cierto, de la mayoría de los modernos sentimentales, porque despreciaba profundamente las lamentaciones inútiles. Si insistía en el tema de la miseria humana era porque consideraba igualmente inútil unirse al optimista que se olvida de ella o al pesimista que no hace más que clamar acerca del mal. Vivimos en un mundo triste, lleno de dolor, pero tenemos que sacar de él lo mejor. Una paciencia tenaz y el trabajo duro son los únicos remedios, más bien, los únicos recursos para evadirse temporalmente del dolor». Lesley Stephen, Samuel Johnson, New York: AMS Press, 1968, p. 174.*